

— 111 —

LIBRO III.

Confiesa como en Cartago se enredó en los lazos del amor impuro: que leyendo allí el Hortensio de Ciceron, al año 19 de su edad, se excitó al amor de la sabiduría; y como despues cayó en el error de los Maniqueos. Últimamente refiere el sueño que tuvo su santa madre, y la esperanza y seguridad que le dió un obispo acerca de su conversion.

—

CAPÍTULO I.

Como deseando agradar y ser amado, cayó en los lazos de amor.

1. Llegué á la ciudad de Cartago*, y por todas partes me veia incitado á amores deshonestos. Todavía no amaba yo, pero deseaba amar: y con una mas disimulada y oculta infelicidad me aborrecia por ser menos infeliz. Deseando tener amor, buscaba á

* Llegó á Cartago hácia el fin del año 370.

quién amar, que era lo mismo que aborrecer mi seguridad y el camino que estaba libre de lazos y peligros.

Esto provenia de que estaba muy falto y necesitado de aquel interior alimento, que sois Vos mismo, Dios mio; y no tenia hambre ni apetito de él, antes estaba sin deseo alguno de los alimentos incorruptibles y espirituales; no porque estuviese lleno y harto de ellos, sino porque me causaban tanto mayor fastidio, cuanto mas vacío y falto de ellos estaba. Por eso no estaba sana mi alma; y como llagada y enferma, se salia fuera de sí, miserablemente ansiosa de rozarse con las criaturas sensibles y exteriores, para que le quitasen aquella comezon que le causaban sus llagas. Pero tampoco se amarian aquellas criaturas si no tuvieran alma con que poder amar ellas.

El amar y el ser amado se me proponia como una cosa muy dulce, especialmente si tambien gozase de la persona que me amaba. Con que venia á ensuciar la clara fuente de la amistad con las inmundicias de la concupiscencia*, y enturbiaba su candor con el

* Alude en esto á la amistad que tomó con una

cieno de la lascivia, y no obstante ser impuro y torpe, queria ser tenido por galan y cortesano, muy picado de vanidad; por lo que no tardé mucho en caer en los lazos del amor, cuya prision deseaba.

Pero ¡oh Dios mio y misericordia mia! ¡con cuánta hiel y amargura rociásteis aquella suavidad de mis placeres, usando conmigo de vuestra infinita bondad! Porque logré tambien el ser amado y la posesion del objeto de mi amor; alegre y contento de verme atado con fuertes y funestas ligaduras, para ser despues herido y azotado con varas de hierro ardiendo; que esto vienen á ser para quien ama, los celos, las sospechas, los temores, las iras, desazones y contiendas.

CAPÍTULO II.

De la aficion que tenia á los espectáculos trágicos.

2. Me arrebatában tambien hácia sí los espectáculos del teatro, llenos de imágenes

mujer al año siguiente de su llegada á Cartago, teniendo él 17 años de edad, y en este mismo año murió su padre Patricio.

de mis miserias é incentivos del fuego que en mí ardía.

Pero ¿en qué consistirá que cuando un hombre ve representar sucesos lamentables y trágicos, quiere allí dolerse de ellos y sentirlos, y no obstante él mismo no quisiera padecerlos? Es muy cierto que él desea padecer aquella pena y sentimiento, pues ese mismo sentimiento y dolor es su deleite. Pues ¿qué viene á ser esto sino una gran locura? porque tanto más se mueve á dolor cualquiera con aquellos lamentables casos, cuanto menos sano está de semejantes afectos; aunque cuando es él mismo quien los padece, se suele llamar miseria, y cuando son otros y él se compadece de ellos, se llama misericordia.

Pero ¿qué misericordia ha de ser la que se ordena á unas cosas puramente representadas y fingidas? Porque allí no se le excita al que está oyendo y mirando para que socorra ó favorezca á alguno, sino solamente á que se duela de aquel fracaso; y cuanto mas se mueve á dolor y sentimiento, tanto mas favor le hace al actor de aquellas representaciones. Y si aquellas calamidades y des-

gracias (verdaderas ó fingidas) se representan de modo que no causen sentimiento y dolor al que las mira, se sale de allí fastidiado y quejándose de los actores; pero si se conmueve y enternece, persevera con mas atencion, y tiene gusto y alegría en llorar.

3. Pues ¿que tambien se aman los dolores? Lo cierto es que todo hombre desea estar gozoso. ¿Acaso consistirá esto en que ya ningun hombre tenga gusto en ser él mismo infeliz y miserable, ó en padecer miseria y trabajo alguno; no obstante tiene gusto y placer en ser compasivo y misericordioso, y como esto no puede serlo sin padecer alguna pena y dolor, por esta sola razon se apetezcan ó se amen los dolores?

Este género de compasion puede provenir del claro manantial de la amistad. Pero ¿á dónde va á parar esa corriente? ¿Para qué irá esa agua cristalina de la compasion descaminada, y perdida la claridad y celestial serenidad que tiene? ¿para qué irá á entrar-se por su propia inclinacion en el precipitado arroyo de pez encendida, que exhala grandes ardores de negras liviandades, en los que ella tambien se muda y se convierte?

Pues qué, ¿hemos de desterrar de nosotros la misericordia y compasion? No por cierto. ¿Luego algunas veces se han de amar las penas y dolores? Sí, alma mia; pero cuida mucho de que esa misericordia no vaya á parar á la inmundicia, confiando en la gracia y proteccion de mi Dios, y *Dios de nuestros padres, digno de ser alabado y ensalzado por toda la eternidad*: guárdate de emplear tu compasion en la inmundicia.

Ahora yo verdaderamente no dejo de compadecerme y tener misericordia; pero entonces en los teatros me complacia con los amantes cuando conseguian el fin de sus depravados amores, aunque allí no lo ejecutasen mas que en apariencia y representacion. Mas cuando los amantes padecian la pena y sentimiento de verse privados uno de otro, yo tambien me contristaba y como que tenia compasion; y no obstante esta diferencia y contrariedad de afectos, me deleitaban entrambos. Pero ahora tengo mayor compasion del que se alegra en una maldad, que de otro que padece pena y sentimiento por verse privado de un deleite pernicioso y haber perdido aquella felicidad infeliz.

Esta es sin duda mas verdadera misericordia ; pero en ella no causa deleite el dolor y compasion. Porque aunque merece alabanza por su obra y acto de caridad el que se duele y compadece de un miserable ; con todo eso mas quisiera él, si es legitimo y verdaderamente misericordioso, que no hubiera males de que compadecerse. Porque así como es muy posible que la benevolencia sea malévola ó quiera algun mal á otro, así lo es tambien que el verdaderamente misericordioso desee que haya miserables para que él ejercite su misericordia.

Así es cierto que hay algun dolor laudable ; pero ninguno hay amable. Porque Vos, Dios y Señor mio, que amais tan finamente nuestras almas, por eso mas pura y perfectamente que nosotros sin comparacion alguna teneis misericordia, porque no va acompañada de dolor ni pena. Pero *¿quién hay que pueda llegar á tanto?*

4. Al contrario me sucedia á mí en aquel tiempo ; pues yo, pobre de mí, amaba el compadecerme, y buscaba tener de qué dolerme cuando en el trabajo ajeno, fingido y representado, aquella accion y lance con que

el cómico me hacia saltar las lágrimas, era la que mas me agradaba, y con mayor vehemencia me suspendia. Pero si andaba yo como infeliz oveja descarriada de vuestro rebaño, y sin querer aguantar que fuéseis Vos el pastor que me guardáseis, ¿qué maravilla es que estuviese lleno de roña y asquerosos males? De aquí nacia el que yo amase los dolores ; no los que me penetrasen muy adentro (pues no deseaba padecer cosas semejantes á las que veia representar), sino unos dolores con los cuales, oidos y representados, me estregase superficialmente ; pero á estos dolorcillos exteriores, que hacian lo mismo que las uñas de los que se rascan, se seguia una hinchazon ardiente y una inflamacion con materia y corrupcion lastimosa. Tal era mi vida ; pero, Dios mio, ¿era vida esto?

CAPÍTULO III.

De lo mucho que le disgustaba la conducta de los estudiantes de Cartago.

Entre tanto vuestra misericordia, fiel siempre conmigo, andaba como volando al rede-

dor de mí, aunque á lo léjos : porque estando yo entregado á tantas maldades, y siguiendo los impulsos de mi sacrilega curiosidad, que alejándome de Vos, me conducía y llevaba á cometer innumerables bajezas y perfidias, que eran otros tantos viles y engañosos sacrificios, en que ofrecia mis malas operaciones en obsequio de los demonios ; Vos, Señor, infinitamente misericordioso, disponiais que en todos mis desórdenes hallase mi castigo.

Tambien me acuerdo que en un dia de fiesta, y dentro de las paredes de vuestro templo, me atreví á desear desordenadamente un objeto y tratar allí un asunto que me habia de producir frutos de muerte. Por eso me castigásteis con graves penas ; pero fueron nada respecto de mi culpa, Dios mio, misericordia mia, amparo mio y defensa contra los terribles males en que anduve soberbiamente confiado y orgulloso, apartándome léjos de Vos, siguiendo mis caminos y no los vuestros, y amando una fugitiva libertad que no alcanzaba.

6. Tambien aquellos estudios en que me empleaba, y tenian nombre de buenos y ho-

nestos, se dirigian y ordenaban á que luciese en los tribunales y sobresaliese en los pleitos y alegatos, consiguiendo tanto mayores elogios, cuanto inventase y usase mayores engaños. ¡ Tan ciegos son los hombres que llegan á gloriarse de su misma ceguedad !

Ya era yo el primero y principal en la clase de retórica, de lo cual estaba soberbiamente gozoso é hinchadamente vano ; aunque mucho mas quieto y moderado que otros (como Vos, Señor, lo sabeis), y enteramente apartado de las pesadas burlas y chascos que hacian aquellos estudiantes traviosos y revoltosos, que llamaban *eversores* ó trastornadores (nombre infausto y diabólico que se ha hecho ya como insignia y distintivo de urbanidad), entre los cuales vivia yo con una especie de vergüenza porque no era como ellos. Yo me mezclaba y andaba con ellos, y me complacia su amistad, aunque siempre tenia oposicion y horror á sus desordenadas travesuras, esto es, á los engaños y chascos con que descaradamente perseguian é insultaban la cortedad y vergüenza de los forasteros y desconocidos, para inquietarlos y descomponerlos sin motivo ni interés alguno,

mas que hacer burla de ellos, y fomentar con estos chascos y burlas sus malintencionadas alegrías. Nada hay que se parezca mas á lo que hacen los demonios, que lo que hacian aquellos. Y así, ¿qué nombre les convenia mejor que el de *trastornadores*? Pero antes eran trastornados ellos, burlándolos y engañándolos ocultamente los falaces y malignos espíritus, en su misma intencion de burlarse de los otros y engañarlos.

CAPÍTULO IV.

Como se encendió en amor á la filosofía, leyendo el tratado de Ciceron que se intitula Hortensio.

7. En compañía de estos estudiaba entonces, siendo aun de poca edad, los libros que trataban de la elocuencia, en la cual deseaba yo sobresalir por un fin tan reprehensible y vano, como era el deseo de la vanagloria y aplausos de la vanidad humana.

Siguiendo el orden acostumbrado en mi estudio, habia llegado á un libro de Ciceron, cuyo lenguaje casi todos admiran, aun

que no tanto su ánimo y espíritu. Aquel libro contiene una exhortacion del mismo Ciceron á la filosofía, y se intitula *el Hortensio*. Este libro trocó mis afectos, y me mudó de tal modo, que me hizo dirigir á Vos, Señor, mis súplicas y ruegos, y que mis intenciones y deseos fuesen muy otros de lo que antes eran. Luego al punto se me hicieron despreciables mis vanas esperanzas, y con increíble ardor de mi corazon deseaba la inmortal sabiduría, y desde entonces comencé á levantarme para volver á Vos. Porque no leia aquel libro para ejercitarme en hablar bien (como juzgarian todos los que supiesen que para este fin estaba yo estudiandó á expensas de mi madre, teniendo ya entonces diez y nueve años, y habiendo mas de dos que mi padre habia muerto); no le leia, pues, ni le estudiaba para ejercitarme y perfeccionarme en la elocuencia, ni me habia él persuadido á seguir lo bien que hablaba, sino lo bueno que decia.

8. ¡ Con cuánto ardor, Dios mio, deseaba volver á tomar vuelo y elevarme sobre estas cosas terrenas hasta llegar á Vos! Y no conocia lo que ejecutábais conmigo por me-

dio de semejantes afectos y deseos, porque en Vos está la sabiduría, en cuyo amor me encendió tanto aquel libro, persuadiéndome lo que en griego se llama filosofía, que es lo mismo que *amor de la sabiduría*. Muchos hay que engañan por medio de la filosofía, coloreando y desfigurando sus errores con la grandeza y dulzura de tan decoroso nombre; y casi todos los que en aquellos tiempos y en los anteriores habian hecho engaños semejantes, están notados y descubiertos claramente en aquel libro. Allí tambien se halla aquel saludable aviso y amonestacion de vuestro divino Espíritu, hecha á los hombres por boca de un siervo vuestro justo y santo: «Estad atentos y cuidadosos para que ninguno os engañe por la filosofía y vana facia, fundada en doctrina de los hombres, y conforme á los principios de la mundana ciencia, y no segun la de Jesucristo, en quien habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad.»

Por lo que á mí toca, bien sabeis, luz de mi corazon, que aun no tenia noticia de estas palabras del Apóstol; y lo que únicamente me deleitaba en aquella exhortacion,

era que me encendia en deseos no de esta ó aquella determinada secta de filósofos, sino á que amase y buscase, consiguiese y abrazase fuertemente la sabiduría, tal cual ella era en sí misma; y solamente una cosa me templaba aquel ardor y deseos, y era el no encontrar allí el nombre de Jesucristo. Porque este nombre, por misericordia vuestra, Señor, este nombre de vuestro Hijo y mi Salvador, aun siendo yo niño de pecho, le habia bebido y mamado con la leche de mi madre, y le conservaba grabado profundamente en mi corazon; y todo cuanto estuviese escrito sin este nombre, por muy erudito, elegante y verdadero que fuese, no me robaba enteramente el afecto.

CAPÍTULO V.

Le desagradaron las sagradas Escrituras, por parecerle que tenían un estilo humilde y llano.

9. Determiné, pues, dedicarme á la leccion de las sagradas Escrituras, para ver qué tales eran. Y conocí desde luego que eran una cosa que no la entendian los soberbios,

y era superior á la capacidad de los muchachos ; que era humilde en el estilo ; sublime en la doctrina , y cubierta por lo comun y llena de misterios ; y yo entonces no era tal que pudiese entrar en ella , ni bajar mi cerviz para acomodarme á su narracion y estilo . Cuando las comencé á leer hice otro juicio muy diferente del que refiero ahora ; porque entonces me pareció que no merecia compararse la Escritura con la dignidad y excelencia de los escritos de Ciceron . Porque mi hinchazon y vanidad rehusaba acomodarse á la sencillez de aquel estilo , y por otra parte no alcanzaba mi perspicacia á penetrar lo que interiormente contenia . Pero la sagrada Escritura es tal , que se deja ver sublime y elevada á los ojos de los que son humildes y pequeños ; y yo me desdeñaba de ser pequeño ; y me tenia por grande , siendo solamente hinchado .

CAPÍTULO VI.

Del modo con que los Maniqueos, le engañaron.

10. De aquí nació que vine á dar en manos de unos hombres tan soberbios como extravagantes ¹ , y además de eso , carnales y habladores , en cuyas lenguas estaban ocultos los lazos del demonio , y cuyas palabras eran como una liga confeccionada , en que se mezclaban las silabas de vuestro nombre , del de mi Señor Jesucristo y del Espíritu Santo , abogado y consolador de nuestras almas . Estos nombres los tenian siempre en la boca ; pero era solamente en cuanto al sonido de las palabras ; pues el corazon lo tenian vacío de la verdad . Pero ellos repetian frecuentemente estas voces : *Verdad, verdad* , y me la recomendaban mucho , y nunca se encontraba en ellos ; antes por el contrario , me decian muchas falsedades , no solamente hablando de Vos ² que sois la misma verdad , sino tambien hablando de los elementos del universo , que son obra de vuestras manos . Yo debiera , ó Padre mio , infinitamente bue-

no, y hermosura de todas las criaturas, haber dejado por vuestro amor á todos los filósofos, aunque hayan hablado bien y enseñado doctrinas verdaderas acerca de los tales elementos.

¡ Oh verdad, verdad ! ¡ cuán entrañablemente y de lo íntimo de mi alma suspiraba por Vos, aun en aquel tiempo cuando ellos me hablaban de Vos frecuentemente y de diversos modos, ya solo de palabra, ya tambien en sus libros que eran muchos y grandes !

Estos eran los platos en que estando yo muy hambriento de Vos, me ministraban ellos el manjar de su doctrina, proponiéndome en lugar de Vos el sol y la luna, hermosas obras vuestras ; pero finalmente obras vuestras : no Vos mismo, ni aun las mejores y mas principales de vuestras obras. Porque vuestras criaturas espirituales son mucho mas excelentes que todas estas corpóreas, por mas resplandecientes y celestiales que sean.

Pero mi sed y hambre no era tampoco de aquellas criaturas perfectas y superiores, sino de Vos mismo, de Vos, Verdad eterna, en que no puede haber mudanza alguna, ni la

oscuridad mas leve y momentánea. No obstante en los platos de sus libros me presentaban unas ficciones brillantes y especiosas, respecto de las cuales sería mejor amar á este sol (que á lo menos descubre á nuestra vista un verdadero ser), que amar aquellos fantasmas falsos con el alma engañada por los ojos.

Y con todo eso, juzgando yo que aquello que me proponian érais Vos, y teniéndolo por verdad me alimentaba de ello ; aunque no con ansia y apetito, porque en mi paladar no percibia el sabor y gusto de lo que Vos sois : como no érais Vos aquellas vanas ficciones, no me nutria con ellas ni medraba, antes bien me enflaquecía mas y consumía.

Una comida soñada es muy parecida á las comidas verdaderas de que se alimentan los que están despiertos ; y no obstante ser tan parecidas, no se alimentan ni mantienen con aquel manjar soñado los que están dormidos ; pero aquellos otros manjares intelectuales de que voy hablando, ni siquiera se parecían á Vos de modo alguno, como despues me lo habeis manifestado Vos mismo ;

porque aquellos eran unos cuerpos fingidos y fantásticos, respecto de los cuales son mucho mas ciertos y verdaderos entes todos estos cuerpos celestiales y terrenos que vemos con los ojos corporales, y que los ven igualmente que nosotros los brutos y las aves, los cuales tienen mas cierto y verdadero ser en sí mismos, que en aquellas imágenes que en nuestra imaginación formamos de ellos. Y aun tienen mas certeza y realidad aquellas imágenes que en nuestra fantasía formamos de los cuerpos, que los otros fantasmas enormes é infinitos, que con ocasión de aquellas imaginábamos y fingíamos nosotros, pues absolutamente son nada y no tienen ser alguno en toda la naturaleza; de cuyos fantasmas vanos y fingidos me apacentaba yo entonces, ó por mejor decir, no me apacentaba.

Pero Vos, ó amor mio, á quien acudo desfallecido para tener fortaleza, ni sois estos cuerpos tan hermosos que vemos en los cielos, ni los otros que no vemos allí ni los descubrimos; porque Vos sois el que los ha criado á todos ellos, y aun no son ellos las cosas mas excelentes y perfectas que habeis criado. Pues ¡cuán léjos estais de ser aque-

llos fantasmas que imaginaba yo mismo, y que eran solamente fantasmas de unos cuerpos que no hay ni tienen ser en todo el universo! respecto de los cuales tienen mas verdadero ser y mas cierta realidad las imágenes que formamos de aquellos cuerpos que hay verdaderamente en el mundo; pero tambien los cuerpos tienen mas cierto ser y realidad en sí mismos que los fantasmas ó ideas que en nuestra imaginación formamos de ellos. No obstante eso, ni Vos sois esos cuerpos tan reales y verdaderos, ni tampoco sois el alma que da la vida á los cuerpos; en lo cual es mejor, mas noble y cierto que los cuerpos mismos. Pero Vos sois la vida de las almas, vida de las vidas, que vivís por Vos mismo y sin mudanza alguna, ó vida de mi alma.

11. Pues ¿dónde estábais entonces para mí? ¡cuán léjos estábais de mí, Dios mio! Mas yo era el que andaba alejado de Vos, y que me veía, como el hijo pródigo, privado aun de las bellotas con que alimentaba á los cerdos. Porque á la verdad, ¡cuánto mejores eran las fábulas de los gramáticos y poetas, que estas ilusiones y trampas engañosas! Pues

los versos y composiciones poéticas, y aun la representacion de Medea volando por esos aires, son ciertamente mas útiles y conducentes, que la doctrina de aquellos impostores que ponian y enseñaban haber *cinco elementos*, los que decian estar colocados en *cinco cuevas ó cavernas tenebrosas*. Todo lo cual, además de ser fingido y no tener ser alguno, es tan perjudicial, que da la muerte á quien lo llega á creer. Pero los versos y poesías los traslado á verdaderos principios, y hago que me sirvan de pasto verdadero; y si cantaba ó referia en verso la fábula de Medea que volaba por los aires, no era afirmándolo como verdadero, ni tampoco lo creia aunque se lo oyese referir á otro; pero aquellas otras doctrinas confieso que llegué á creerlas.

¡Pobre infeliz de mí! ¡por qué grados fui cayendo hasta dar en el profundo abismo en que me veía! Porque yo, Dios mio (á quien confieso todas mis miserias, pues tuvisteis piedad de mí, antes que yo pensase confesaroslas), con mucha fatiga y ansia, por hallarme tan falto de la verdad, os buscaba, Dios mio, con los ojos y demás sentidos de mi cuerpo,

y no con la potencia intelectual, en que Vos quisisteis que me distinguiese y aventajase á los irracionales: siendo así que Vos estábais mas dentro de mí, que lo mas interior que hay en mí mismo, y mas elevado y superior, que lo mas elevado y sumo de mi alma.

De este modo vine á dar con aquella mujer ³ atrevida y sin prudencia, de quien hace un enigma Salomon, y la propone sentada en su silla á la puerta de su casa diciendo á los pasajeros: *Comed gustosamente de los panes ocultos y guardados, y bebed la agua hurtada, que es mas dulce*. Esta, pues, me engañó fácilmente, porque me halló vagueando fuera de mí, esto es, ocupado en las cosas exteriores y que se ven y perciben por los sentidos corporales, que eran únicamente las que yo meditaba en mi interior.

NOTAS.

¹ Estos eran los Maniqueos, cuyo jefe fue un persa que antes se llamaba Urbico ó Cubrico, y despues tomó el nombre de *Manés*: cuyo nombre daba á entender su locura (pues *Manés* en griego quiere decir furioso); pero sus discípulos, como dice san Agustin en el libro de las Herejías, here-

jía 46, duplicando la *n* de su nombre, le llamaron Manniqueo, para que significase *el que vertía maná: Mannicheum, quasi manna fundentem.*

Cayó Agustín en manos de los Maniqueos el año de 374: y estuvo enredado en sus errores por espacio de nueve años, como él mismo repite en varias partes. Pero á los 28 años de su edad, que era el año de 383, fue cuando le acabó de disgustar su doctrina, y los dejó y despreció.

² El primero y principal error de los Maniqueos era acerca de la naturaleza divina. Lo primero que enseñaba Manés era que habia dos principios entre sí contrarios y coeternos, y que eran dos sustancias: una del bien, y otra del mal. 2.º Que cuando ambas sustancias pelearon entre sí, se mezcló el mal con el bien. 3.º Que de esta mezcla fue de donde Dios, ó la naturaleza del bien, fabricó y formó el mundo. 4.º Que esta luz corporal, que se extiende infinitamente, mezclándose en todas las cosas luminosas y lúcidas (entre las cuales tambien cuentan á nuestras almas), es la misma sustancia y naturaleza de Dios. De donde se sigue, que ya nuestras almas, ya las demás cosas lúcidas y luminosas, eran trozos de la sustancia divina.

De los elementos enseñaban tambien varias extravagancias fabulosas. Lo primero, que los elementos eran dobles, cinco buenos y cinco malos. 2.º Que los cinco primeros fueron producidos por la naturaleza del bien, y los cinco segundos por la del mal. 3.º Que de aquellos buenos habian dimanado las virtudes santas, y de estos otros malos los príncipes de las tinieblas. 4.º Que los elementos malos eran

estos: *El humo, las tinieblas, el fuego, el agua y el viento*, á los cuales se oponian los cinco buenos, de este modo: al humo *el aire*, á las tinieblas *la luz*, al fuego malo *el fuego bueno*, al agua mala *la agua buena*, al viento malo *el viento bueno*. 5.º Que para pelear con los elementos malos, fueron enviados desde el reino y sustancia de Dios los elementos buenos: y en aquella pelea se mezclaron los unos con los otros. 6.º Que en el elemento del *humo* nacieron los animales de dos piés, y entre ellos tambien los hombres: en las *tinieblas* los que andan arrastrando: en el *fuego* los cuadrúpedos: en las *aguas* los animales que nadan, y en el *viento* los que vuelan.

³ En este enigma entiende aquí san Agustín la secta maniquea, en que cayó engañado por las razones que refiere en este capítulo y en el siguiente, y por otras que se pueden ver en Tillemont, tom. 13, cap. 8.

CAPÍTULO VII.

Como se dejó llevar de la doctrina de los Maniqueos.

12. No sabia ni conocia yo que hubiese alguna otra cosa que verdaderamente existiese fuera de las corpóreas y sensibles, y así me parecia que obraba como hombre de en-